

Los profetas de la política social... de este tipo de profetas... las funciones de los profetas... de la ciudad...

A la vez, el desarrollo de la ciudad... el desarrollo de la ciudad... el desarrollo de la ciudad...

Esto es lo que se llama... el desarrollo de la ciudad... el desarrollo de la ciudad...

IV

EJEMPLOS DE DESARROLLO DE LAS CIUDADES LATINOAMERICANAS

1. Factores Histórico-Sociales de Desarrollo de las Ciudades Cubanas.
2. Factores Histórico-Sociales de Desarrollo de las Ciudades Guatemaltecas.

DESARROLLO DE LAS CIUDADES EN GUATEMALA

Por Mario MONTEFORTE TOLEDO *

Perspectiva Histórico-Geográfica. A su llegada a Guatemala y en materia de ciudades, los españoles no hallaron motivos para maravillarse, como ante la suntuosa Tenochtitlán. Bernal simplemente hace un parco elogio de las construcciones y con su habitual perspectiva, apunta la diferencia entre los templos y las humildes viviendas de la población en general.

Debemos a Fuentes y Guzmán la descripción minuciosa de lo que era una ciudad entre los maya-quichés. Nos cuenta del trazo, del sistema de calles, de los abastecimientos de agua, y nos revela que la gente vivía en casas de tallos de maíz ("La ciudad de las cañas" se llamaba la capital de los quichés). Esto explica que no haya una sola ruina que revele la existencia de un centro de vida diaria, porque lo que no barrió del mapa el fuego de los españoles, lo consumó la acción del tiempo. Sólo vemos ahora los carcomidos muros de los edificios ceremoniales-religiosos y administrativos.

El mismo Fuentes y Guzmán —y otros cronistas e historiadores de los siglos xvii y xviii— describen que la mayoría de las ciudades indígenas estaban rodeadas de barrancos. Esta característica es muy peculiar de Guatemala y nos permite orientar juicios y estudios sobre la estructura social de los grupos prehispánicos. En sus cartas a Cortés, Alvarado le cuenta de la estrategia que tuvo que emplear para combatir a los indígenas atrincherados en estos baluartes inexpugnables; casi siempre se valió de la traición y del engaño. Muchas ciudades indígenas se hallan todavía en los antiguos sitios.

El Quiché y Chichicastenango, por ejemplo, son el caso típico de la ciudad de barranco estudiada con inteligencia por Janos de Secsy, historiador húngaro recientemente fallecido. Sólo tienen una entrada —o a lo sumo dos— y son muy fáciles de defender. Modernos reconocimientos han revelado la existencia de túneles para salidas secretas hacia los ríos, y canalizaciones o perforaciones que seguramente llevaban a abastecimientos locales de agua. Es fácil explicar que es-

* Miembro del Instituto de Investigaciones Sociales de la U.N.A.M.

tas ciudades obligaban a una economía feudal, con tierras explotadas por esclavos en los alrededores del centro urbano y con clases superiores encargadas de la ciencia, la religión y la guerra. A la vez se entiende el aislamiento entre poblaciones y preservación de la pureza tribal o de grupo, que aún perdura, hasta el extremo de que sobrevivan en un territorio muy pequeño (como lo es el altiplano y los pocos valles situados entre las estribaciones de la sierra, que se prolongan hacia el interior o hacia la costa sur) más de sesenta dialectos, y más de un millar de poblaciones con trajes y hasta con costumbres distintos.

Los conquistadores se dieron cuenta de que ellos, que no tenían reservas alimenticias y que necesitaban pasto para los caballos, no podían encerrarse en las ciudades de barranco. Alvarado acampa fuera de Utalán y de Gumarcaj, después de haberlas incendiado; concepción de la guerra totalmente distinta a la de Cortés, que con su genio comprendió que a los poderosos mexicanos sólo se los vencería desde adentro de su metrópoli. De aquí que casi todas las ciudades principales edificadas por los españoles no están sobre las nativas sino en valles ubérrimos, con tierra labrantía y ricas fuentes de agua. Excepciones son Quetzaltenango (la segunda ciudad de la república) y Totonicapán, que ocupan los lugares donde existieron poblados indígenas. Pero la capital, por ejemplo, estuvo en la falda del volcán de Agua y se desplazó hacia el centro del mismo valle tras la primera ruina de Santiago de los Caballeros de Goathemala, en el siglo xvi. Bajo la hoy llamada Antigua Guatemala no había asentamiento nativo de importancia.

Desde luego, los españoles siguieron en Guatemala el secular procedimiento de superimponer el templo católico al pagano —táctica aprendida de los indios, que así procedían con las construcciones de los vencidos—; pero estos edificios eran ermitas o capillas aisladas, a veces dispuestas como estructuras de guerra y casi siempre como albergues a lo largo de las rutas.

Por otra parte, la distribución natural de la población indígena obligó a los españoles a levantar sus ciudades en el altiplano. No fue sino cuando se desarrollaron las plantaciones —cochinilla, cacao, etc.— que empezaron a edificarse las ciudades de la costa sur, una faja de más de 20,000 k.², irrigada y sumamente fértil, de la que se ha sustentado primordialmente la economía guatemalteca desde la Colonia hasta nuestros días. Arriba sólo había maíz, alimento del pueblo sin valor de exportación, porque las cosechas apenas bastan para las necesidades familiares. El problema del "empresario" guatemalteco (y posteriormente del extranjero) ha sido hacer bajar a la costa a los indios de la sierra; este problema explica el "mandamiento", forma de la encomienda, y la legislación mañosa para obligar a trabajo barato o gratuito a gente que por la ley de oferta y demanda, debería ser mucho mejor retribuida.

El cuadro general de las ciudades de Guatemala, pues, se presenta así: todas las ciudades antiguas, en el altiplano; algunas ciudades antiguas en la costa, y los pocos centros en expansión, con marcada vitalidad, en la costa, como núcleos comerciales y administrativos de las zonas agrícolas iniciadas a partir de la segunda mitad del siglo xix.

Los Terremotos. Los sismos juegan un papel de primera importancia en la formación de las ciudades de Guatemala. Los edificios tienen contrafuertes y refuerzos especiales, así como muros de desmesurado espesor. Ningún edificio colonial pasa de dos pisos, y los templos son pesados y con torres poco ágiles. El genio arquitectónico español supo sacar partido de esta necesidad impuesta por el medio y logró estilos de gran belleza, como el barroco antiguo, muy distinto del mexicano, del ecuatoriano o del limeño.

Las casas de habitación también están levantadas con extrema solidez, generalmente con dos o tres patios divididos entre sí por una espaciosa habitación. Se utilizaban muchas aplicaciones funcionales de hierro, en vez de las de madera. Y se perfeccionó la mezcla en el estuco y en el material de intersección de piezas grandes, aprovechando la técnica de la albañilería indígena, que usaba piedras de diferentes tamaños para consolidar las paredes o los taludes de los monumentos. Hay muy pocos edificios construidos de piezas grandes de cantera, exclusivamente; por ejemplo, la Escuela de Cristo, en Antigua.

Todo esto se debe a los terremotos, que han sido relativamente frecuentes y de tremenda intensidad en el territorio guatemalteco. El estado de las ruinas de la Antigua da una idea de las proporciones de los movimientos sísmicos, capaces de demoler aun las poderosas estructuras de que hemos hablado.

Los terremotos han influido en la falta de iniciativa para embellecer las ciudades, al menos hasta el uso de los nuevos materiales y técnicas de construcción. Han influido también en el traslado de la capital, que tras la ruina de la Antigua en 1776, se levantó en el valle de la Ermita que hoy ocupa —tras una serie de planificaciones en otros valles del Oriente.

Han influido en la modestia de los edificios públicos; pero sobre todo en las casas de habitación. Contrastan visiblemente las ciudades más nuevas con la Antigua Guatemala, por ejemplo, y aun con algunas ciudades de provincia, como Quetzaltenango, donde pese a los terremotos, se conservan varios edificios casi majestuosos. Y por último, han influido también sobre los estilos; o mejor dicho sobre la falta de estilo de las ciudades, donde se aglomeran reminiscencias colonias, barrocas y en general, construcciones con marcado aire provisional.

Si a esto se añade la relativa pobreza de las canteras y las dificultades que

plantea para el transporte de la piedra el terreno del país, sumamente quebrado, se halla la razón de que casi todas las ciudades modernas estén construidas con lo que ha reducido a ripio uno de los cuatro desastres sísmicos habidos en el país desde el siglo XVI hasta nuestros días, más los temblores de diversas intensidades que han menudeado en igual lapso.

La Ciudad de Guatemala. La capital de la república está ubicada en un espléndido valle rodeado por tres lados por barrancos profundos. Hacia el sur hay una ancha faja que se expande unos 20 k. sin encontrar montaña ni barranco. El clima es bastante parejo (22 grados, temperatura media) y el régimen de lluvias, regular (cinco meses de estación seca y siete de estación llamada de invierno, que en realidad corresponde a la primavera y al verano astronómicos).

El suelo es firme y tiene un ligero desnivel de Occidente a Oriente. Las montañas embellecen a la capital por sus dos flancos y un poco más distantes, hacia el Norte.

Varias fuentes de agua potable surten a la metrópoli. A medida que la población ha crecido y se han perfeccionado los sistemas hidráulicos, se han aprovechado nuevas fuentes, más lejanas. Inversiones relativamente moderadas permitirán hacer frente al problema del agua en el futuro, explotando un río que corre al Este, detrás de la cadena montañosa, o el lago de Amatitlán, situado a 27 k. de la ciudad y cuyo desagüe se usa ahora exclusivamente para regadíos en menor escala —camino de la costa sur— y para la movilización de la central eléctrica.

Pertenece esta fuente de energía a la Electric Bond and Share, que por medio de una subsidiaria goza de una concesión que vence dentro de unos diez años. El sistema sólo produce unos 90,000 KWH, cantidad manifiestamente escasa si se toma en cuenta las necesidades de la creciente población, de la industria que ya surge con alguna pujanza y de las poblaciones de todo el centro de la república, que se surten de la misma compañía. Existen estudios para el aprovechamiento del río Marinalá-Jurún, que daría unos 150,000 KWH hora; pero su realización se ha pospuesto por razones políticas que involucran el propósito de no dañar los intereses de la empresa extranjera. Este compás de espera data de dos años, a pesar de que el servicio es de muy mala calidad y uno de los más caros del mundo.

Hay también el proyecto de aprovechar las aguas del lago Atitlán, que dista poco más de 10 k. de la capital y está estratégicamente enclavado al centro de la zona más productiva de la república. La zona occidental se surte en la única central nacional de importancia, situada en Quetzaltenango; pero algunas dificultades técnicas, incluso las provocadas por grandes inundacio-

nes, han disminuido el potencial de este servicio, cuya expansión sería demasiado costosa.

En resumen, pues, la ciudad de Guatemala tiene potencialmente resueltos los tres problemas más aflictivos de las ciudades modernas: el del agua, el de la energía eléctrica y el del espacio vital.

Los alimentos de primera necesidad llegan a la capital desde unas 30 pequeñas poblaciones rurales aledañas donde los indios, en hortalizas y siembras en pequeña escala, cultivan toda clase de legumbres y flores, utilizando los desagües o los arroyos para el riego en verano. La carne procede del rastro municipal, moderna obra instalada en Escuintla, la población más importante de la costa central, situada a unos 50 k. de la capital; el ganado menor se destaza en las aldeas circunvecinas, controlado por las municipalidades, y de los mismos sitios proceden la leche y las aves de corral, salvo algunas granjas y establos modernos, que hacen el negocio en grande. Llegan también legumbres, aviares, leche y carbón (que todavía se usa en muchos hogares, así como la leña), de poblaciones más lejanas del altiplano. Todas las salinas están en la costa sur, así como las granjas fruteras —salvo las de frutas de altura, naturalmente— y los ingenios de azúcar. Cada vez se bebe menos chocolate; la bebida principal es el café de mala calidad, pues el mejor del país —que es su principal riqueza agrícola— se exporta casi en su totalidad. La gente pobre bebe también tizanas de hierbas vernáculas y algunos líquidos a base de maíz. El maíz y el frijol proceden de varias partes de la república, según vaya la producción a causa de las lluvias.

La ciudad tiene como centro administrativo y religioso la plaza principal, con la catedral metropolitana —y el arzobispado— al Este, el palacio nacional al Norte, y el portal del mayor comercio al Sur, y la biblioteca nacional en construcción, con un cuartel “de emergencia” al Oeste. Un dictador elevó el palacio nacional hace unos 15 años y para que se admirara mejor, convirtió en parque inglés la plaza central, que estaba engalanada por árboles centenarios y flores.

En esta plaza culminan todas las manifestaciones públicas —cuando se permiten— y de allí arranca la avenida principal, cuyo comercio —como toda la vida moderna de la ciudad— tiende a prolongarse hacia el Sur. La ciudad de Guatemala está muy bien trazada, con calles de Oriente a Poniente, y avenidas de Norte a Sur, todas numeradas. Su limpieza es proverbial. El tránsito se hace por autobuses y por automóviles; la estrechez de las arterias ha obligado a que la circulación sólo se permita en un sentido por ellas. Más de 20,000 vehículos acrecientan el problema, para el que no hay solución posible si se considera lo antieconómico que resultaría destinar terrenos de la zona comercial

—altísimamente cotizados— para sitios de estacionamiento, o ampliar las calles para vitalizar un centro que el desplazamiento natural de la población está convirtiendo en obsoleto.

Es curioso que las ideas urbanísticas de las administraciones hayan ido en retroceso. En la segunda mitad del siglo pasado se trazaron calles mucho más anchas que las que se hicieron hace 15 años. Y a fines de siglo hubo un presidente (el general Reyna Barrios) que desarrolló urbanísticamente la zona sur, con un paseo sombreado de árboles, de más de 60 metros de ancho y con cuatro vías. Este paseo se llama de La Reforma y constituye la arteria central de las lotificaciones sursurbanas de la capital, con casas rodeadas de jardines y alamedas bien cuidadas. Otras avenidas, paralelas a la anterior, enmarcan la ciudad nueva, que se caracteriza por la abigarrada arquitectura "moderna" de las casas y por la notoria falta de parques y de ornamentación pública.¹

La clase media vive alrededor del centro comercial, por lo general en casas de un solo piso, que tienen dos patios con una habitación al medio (tradicionalmente, el comedor). Las casas grandes se han ido partiendo en dos, de suerte que las actuales tienen sus cuartos dispuestos en forma de "e", con un solo corredor.

Los artesanos —que constituyen un grupo bastante numeroso, tradicionalista y de costumbres morigeradas— viven en el populoso barrio de La Parroquia, al Noreste, de aspecto modesto y colonial y con una vida colectiva casi propia. También pueblan las calles siguientes a las centrales, en donde trabajan en sus distintos oficios, en talleres usualmente instalados en su propia casa y con las puertas abiertas hacia la vía pública.

El proletariado habita en tres o cuatro barrios suburbanos, donde levanta barracas de aspecto miserable y gran diversidad de materiales. Casi ninguna de estas casas de obreros tiene flores o adornos. También viven los trabajadores en casas de vecindad, llamadas "palomares", que pertenecen a las familias de la clase alta; son antiguas casas solariegas que no han merecido el menor retoque, y a veces tienen hasta tres y cuatro sistemas concéntricos de cuartos. El lucro que realizan los propietarios con este tipo de viviendas malsanas es el mayor obstáculo para su reconstrucción. La atomización de las habitaciones explica también que el hacinamiento de familias en una sola pieza no sea típico en la ciudad de Guatemala, como lo es en muchos barrios pobres de San Salvador y de otras capitales.

¹ Como dato curioso consignamos que la mayor parte de las pocas estatuas que hay en Guatemala —las de La Reforma, por ejemplo— están dedicadas a toros, jabalíes y otros animales; tal vez porque la agitada vida política no ha permitido consolidar instituciones ni hombres que se libren de las pasiones temporales, aunque hayan muerto hace muchos años.

Viven también los obreros en urbanizaciones especiales de casas de un solo piso, construidas casi todas entre 1945 y 1954, o en lotificaciones relativamente remotas, que constituyen un quebradero de cabeza para la municipalidad capitalina, pues se plantean continuas pugnas entre los compradores de lotes por abonos y los propietarios que comercian de este modo. La reglamentación municipal empezó hace unos años a obligar a los propietarios a urbanizar mejor estas zonas, y a vender en condiciones humanas para los pobres; pero la presión continúa y el caso no está resuelto.

Para fomentar la construcción y a la vez proteger al proletariado y a la clase media contra la voracidad de los casatenientes, se emitió en 1949 una ley exonerando totalmente de impuestos a los edificios de tres o más pisos que se construyesen y fijando la renta entre el 7% y el 10% del valor en que aparecían declaradas las propiedades en el registro fiscal. Aunque en algunos casos se burlaba la reglamentación, el efecto de esta ley fue de alto beneficio social y económico; se levantaron más de 20 edificios de tres y hasta de cinco pisos, y se niveló el rubro de los alquileres; además, al descorazonarse las inversiones en casas pequeñas y medianas —prácticamente la única corriente por la que se canalizaba todo el capital disponible—, empezó una considerable absorción de bonos y valores, que pagaban un buen interés y no tenían las molestias inherentes al negocio de alquiler de casas.

Pero el problema de la vivienda en la capital de Guatemala sigue siendo muy serio. Desde hace dos años, casi todos los sistemas de protección de las clases de bajos recursos han desaparecido; las rentas subieron libremente de nuevo, consumiendo en promedio, entre la tercera parte y la mitad de los ingresos personales; el ritmo de construcción de casas para obreros se paralizó; el empobrecimiento de las provincias y el desarrollo de nuevas concentraciones fabriles en la capital, han incrementado el aflujo de población hacia el centro, creando problemas económicos concomitantes. En cambio, el aumento del turismo y los excelentes precios del café de exportación, así como la confianza que tienen los terratenientes y los rentistas en general en el gobierno, han puesto en circulación capital retraído hasta hace dos años; mas este capital se está invirtiendo en gran parte en casas de habitación tanto para la clase media alta como para la burguesía o bien en edificios para comercios y hoteles de lujo.

Uno de los fenómenos relacionados con la falta de vivienda es la formación de poblados-hongos en los barrancos más insalubres. Los derrumbes y los incendios ocasionan frecuentes desgracias en estos poblados, hasta que las autoridades se ven precisadas a disolverlos. Hay terratenientes que lucran inmoderadamente con los pequeños lotes que arriendan en los barrancos circunve-

cinos a la capital, donde existe un hacinamiento de barracas entre los basureros y los desagües a flor de tierra.

El terremoto de 1917 vino a agudizar las deformidades de la ciudad, ya consolidadas por falta absoluta de planificación urbanística. Casi íntegramente, la población abandonó sus casas y se refugió en los numerosos descampados que rodeaban al perímetro central. Allí se levantaron tiendas y casuchas, provocando una democratización de las costumbres que de por sí constituye un interesante campo de investigaciones sociales. Al restablecerse la normalidad, las familias reconstruyeron sus hogares y volvieron a ellos; pero los llanos quedaron poblados de manera por completo antifuncional y antieconómica. Lotificaciones más técnicas se desarrollaron en los llanos más distantes, dejando en medio estos barrios hoy día habitados por artesanos y obreros, y algunos espacios vacíos. De suerte que la ciudad no ha crecido normalmente, por zonas concéntricas o en todo caso colindantes, sino en disgregaciones que como manchas de población, quedan a veces relativamente apartadas del centro comercial, planteando serios problemas de transporte y dificultando los servicios públicos de agua, alumbrado, drenajes y teléfonos. Caso curioso es que la zona del Guarda Viejo, al sur de la capital, es uno de los más densamente poblados barrios pobres, pese a que ocupa la más hermosa colina del valle.²

La capital de Guatemala tiene poco más de 300,000 habitantes —o sea la décima parte de la población total de la república—; pero debido al esparcimiento de las urbanizaciones y a la poca altura de las casas, ocupa una desproporcionada superficie. Esto hace que casi todos los barrios tengan vida y hasta características sociales propias. Pueden discernirse, sin embargo, ciertos rasgos de comportamiento general.

La vida comienza temprano y termina temprano en la ciudad. Los capita-

² Factor de gran lastre para la evolución de la ciudad ha sido la forma en que está integrada la municipalidad. Desde que se fundó la capital, la comuna ha permanecido en manos de los representantes de los más ricos intereses locales: los casatenientes y los rentistas. Aún de 1944 a 1954, el período de la revolución guatemalteca, el esfuerzo de aquellos sectores se concentró desesperadamente en ganar las elecciones para la comuna de la capital, y siempre lo lograron. Hay que reconocer en justicia que los ingenieros que han presidido esa regerencia durante los últimos 11 años han sido dinámicos y han ido resolviendo muchas de las necesidades de los barrios pobres (drenajes, agua, asfalto, etc.); pero cuando surgen los problemas medulares y hay que afectar los grandes intereses, la municipalidad no actúa. Dadas las inclinaciones políticas de la mayoría de la población capitalina, es dudoso que la alcaldía pueda cambiar de manos durante un tiempo relativamente largo; la expectativa más realizable es que las generaciones jóvenes que lleguen a dirigir la entidad, comprendan que la conservación de las deformidades y de los defectos urbanísticos de la capital es mucho más dañina que provechosa para los propios grandes intereses privados que están en juego.

linos comen tres veces al día y en su casa. La notoria falta de parques y de paseos públicos los reúne normalmente pocas veces. Los templos católicos son muy activos y la vida religioso-social se prolonga a cofradías y congregaciones devotas de varias imágenes que salen en procesión durante la Semana Santa en pomposos desfiles (esta costumbre se mantuvo aun durante los 73 años de leyes liberales y los 10 años de revolución, en que estaba oficialmente prohibida). El frecuente repique de campanas forma parte de la vida de la ciudad. Las clases pobres afluyen al parque central los domingos a escuchar los conciertos de la música marcial, y a los llanos que aún quedan sin lotificar, para hacer deportes, especialmente fútbol (el otro deporte popular es el ciclismo). En el imponente marco del Estadio de la Revolución se reúnen también los capitalinos cada vez que hay encuentros, sobre todo los domingos. En la vestimenta —modesta, pero decorosa— predominan los tonos oscuros, habiéndose perdido el alegre abigarramiento de colores que usaban las mujeres indias, con sus trajes típicos de telas ricamente bordadas —los hombres de los pueblos cercanos a la capital han perdido su atuendo nativo. Hace dos años empezaron a salir los sacerdotes con su traje talar, pues hasta entonces (y desde 1871) se les prohibía tal hábito. La zona central, alrededor de los grandes hoteles, es la del comercio turístico y abundan los rótulos en inglés. El tránsito por vehículos y a pie es bastante lento. La diversión más generalizada es el cine; hay muchas salas en todos los barrios. El capitalino en general es mesurado, cortés, poco dispendioso, individualista, desconfiado, irónico y ocasionalmente violento —cuando la lucha política es permitida y normal. No hay prejuicios raciales; pero los indígenas pertenecen a un sector manifiestamente inferior y sólo se incorporan a las clases medias cuando logran terminar estudios superiores, más raramente cuando descuellan en los deportes y algunas veces, al través de la carrera militar.

Son factores positivos para el crecimiento y "desprovincialización" de la capital: la industrialización, que da mayor poder adquisitivo al obrero y lo incorpora a las costumbres de la clase media (mejor vestido, mejor casa, mejor comida); las causas generales que incrementan el número y el nivel de vida de la clase media; la inmigración, que aunque pequeña, influye en la mejora del comercio y en el proceso de transculturación; la influencia norteamericana, manifestada en las costumbres y en la forma de las construcciones; las causas generales de elevación del nivel cultural, que se traducen en mayores lecturas, mayor conciencia política y pérdida de prejuicios de toda índole; la afluencia de la clase media de la provincia, y la emulación entre los miembros de la clase media superior y de la burguesía, que se traducen en mejores construcciones, elevación en el nivel de vida y prácticas de lujo.